

Cada murmullo la agita,
Cada suspiro la calma;
Y con triste desaliento
Murmura al fin : « ¡ Cuánto tarda! »

Oculto yo entre los ramos
De las vecinas acacias,
Rompiendo el manto de hojas
Pongo término á sus ansias.

Al verme, la faz inclina,
Tiembla, quiere hablar, y calla;
Y de sus hermosos ojos
Brotan á un tiempo dos lágrimas.

Asoma entonces la luna,
Gime el céfiro en las aguas;
Y entre mis brazos sonrío
La virgen que adora el alma.



LA SENSITIVA

I.

IN cefirillo lozano,
Que rico encanto atesora,
Hijo de la blanca aurora
Y de las auras hermano;

Tendiendo el ala ligera
En blando apacible giro,
Es el último suspiro
De la alegre primavera.

No hay planta bella ni hay flor
Que sus caricias esquite;
La que sus besos recibe
Llora esclava de su amor.

:

Que en la inquietud de su vida
Tal sed de amar lo devora,
Que á cuantas besa enamora,
Y á cuantas seduce olvida.

Y en su gentil arrogancia,
Ya enamorado, ya esquivo,
Le presta doble atractivo
Su caprichosa inconstancia.

É invencible en sus amores,
Y en sus olvidos cruel,
Viven mirándose en él
Arroyos, plantas y flores.

Y en las verdes soledades,
Desde el valle al soto umbrío,
Va rindiendo á su albedrío
Bellezas y voluntades.

Devoran por él distintos
Celos de amantes infieles,
Los lirios y los claveles,
Los nardos y los jacintos.

Que en su amorosa inquietud,
Flor á quien su aliento llega,
Enamorada le entrega
Su hermosura y su virtud.

Todas á su impulso giran,
Todas con ansia le adoran;
Las más inocentes lloran,
Las más soberbias suspiran.

Y cada cuál impaciente,
Para que repose en ellas,
Le tiende sus hojas bellas,
Que él agita indiferente.

Unas le llaman su bien,
Otras amor de los cielos;
Y mal ocultan sus celos
Las que le fingen desdén.

Que mueren en honda pena,
Desdeñadas á porfía,
La rosa de Alejandría
Y la cándida azucena.

Coge á su paso el rocío
Que como siervos le ofrecen,
Mimbres y juncos que crecen
En las márgenes del río.

Y le siguen voladoras,
Tras de sus alas ligeras,
Mariposas, mensajeras
Del amor de sus señoras.

Y no hay ternura ni afán ,
Ni belleza que le inquiete ;
Y no hay amor que sujete
Al inconstante galán.

Que en la inquietud de su vida
Tal sed de amor lo devora ,
Que á cuantas besa enamora ,
Y á cuantas seduce olvida.

II.

Sólo á su altivez esquiva ,
Indiferente á su fama ,
Brotó entre la verde grama
Solitaria sensitiva.

Y el céfiro , sabedor
De que á su imperio resiste ,
Con nuevas galas se viste
Por seducirla mejor.

Las alas con fácil brío
En los jacintos perfuma ,
Y arrastra encajes de espuma ,
Y ciñe perlas del río.

Y lleva en vuelos suaves ,
Como tributos de amores ,
Las esencias de las flores
Y los trinos de las aves.

Á la sensitiva llega
De afán y arrogancia lleno ,
Y desde el collado ameno
Sueñas las alas desplega.

Y pasa en blando rumor ,
Y la saluda y suspira...
Y vuelve... y en torno gira
De la indiferente flor.

Sujeta el vuelo impaciente ,
Posa sus alas en ella ,
Y le parece más bella
Cuanto más indiferente.

Mintiendo amantes congojas,
La estrecha tímido y blando ;
Quiere besarla , y temblando
Cierra la planta sus hojas.

Por si su rigor mitiga ,
En suspiros se deshace ;
Y es inútil cuanto hace :
Ni la vence ni la obliga.

Más el amor lo devora
Cuanto ella más se defiende;
Porque si es desdén, le ofende,
Y si es pudor, lo enamora.

Y no se rinde á su ruego,
Ni la vence su porfía;
Y dicen que pasa el día
Enamorándola ciego.

Y que humilde, en vez de altivo,
El vuelo apenas levanta
De la pudorosa planta
Entre las hojas cautivo.

Y las flores, sabedoras
De tan extraños amores,
Murmuraron, que las flores
Son también murmuradoras.

Mas pronto cesó el rumor
De aquel murmullo indiscreto,
Y aprendieron el secreto
Con que se vence en amor.



LA NUBE DE VERANO

—
Yo la he visto tranquila; suelta en blancos celajes,
De su impalpable velo rasgado el ancho tul,
Tender con indolencia magníficos encajes
De la áspera montaña por el contorno azul.

—
 Y recatada y llena de vaporoso encanto,
Alzarse lentamente con noble majestad,
Perdidas en el aire las ondas de su manto,
Cruzar de las montañas la agreste soledad.

—
 Y á la mirada ardiente del sol que la enamora
Vi reflejarse en ella las tintas del pudor,
Como muestra la virgen su faz encantadora
Al teñirla de púrpura los rayos del amor.